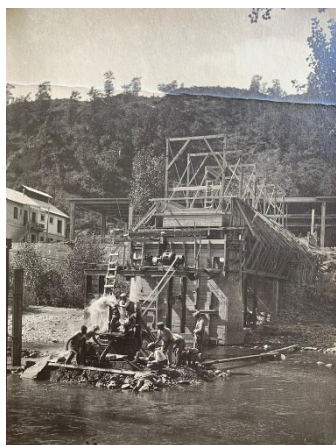
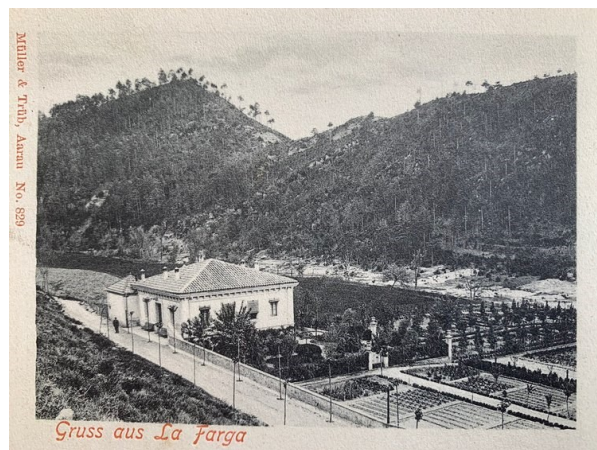


La Farga de Bebié, una colonia textil a orillas del Ter

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, se instalaron en Cataluña numerosas colonias industriales, principalmente del sector textil. Estas no eran meros lugares de trabajo sino núcleos de población equipados para la vida cotidiana, con pisos para los trabajadores y servicios de alimentación, deporte y ocio; pensados para funcionar como cualquier otro pueblo. Entre estas se fundó en 1895 la Farga de Bebié, situada a orillas del río Ter en la frontera entre las provincias de Barcelona y Girona. Su nombre procede del fundador Edmond Bebié, propietario de una fábrica textil cerca de Zurich, por lo que también se la conocía como “la colonia de los suizos”. El hijo de Edmond, Ernest, había estudiado con un joven procedente de Vic que le informó de las posibilidades del río Ter para instalar una fábrica, y este a su padre, que vio una oportunidad para internacionalizar el negocio.



Llegó a haber alrededor de ochenta de estas colonias en todo el territorio catalán. La razón para instalar fábricas en el curso de los ríos se debía a la posibilidad de aprovechar la energía hidroeléctrica para hacer funcionar las máquinas, lo cual permitía ahorrarse los altos costes de importar carbón. Además, en muchos casos se podían aprovechar las instalaciones de antiguos molinos de harina o fábricas de metal que habían caído en desuso. El hecho de ubicarse en un entorno rural también suponía ciertas ventajas respecto a la ciudad, donde los salarios y el precio del terreno eran más caros y los conflictos con los sindicatos eran cada vez más habituales.

Edmond Bebié compró unas 400 hectáreas de terreno que incluían un molino y una antigua fábrica de hierro (en catalán, una *farga* es el taller de un herrero) y obtuvo la concesión para aprovechar el caudal del río

Ter para producir energía para las máquinas. En 1899 la fábrica Edmond Bebié S.A. empezó a funcionar, ocupándose de todo el proceso de transformación del algodón salvo el tintado. En 1920 se terminaron la estación y la vía del tren, que llegaba hasta la colonia para descargar la materia prima y cargar el producto terminado. La fábrica creció especialmente durante la Primera Guerra Mundial, llegando a convertirse en una de las más importantes del sector textil catalán. Su declive empezó en los años 80 en medio de una crisis generalizada del sector y finalmente cesó su actividad en 2008.



Lo que distinguía este tipo de colonias del resto de fábricas era que los trabajadores, generalmente, vivían y realizaban todas sus actividades diarias dentro del propio recinto. Originalmente los servicios eran bastante básicos y se limitaban a tiendas de productos básicos y las viviendas de los trabajadores; pero debido al crecimiento de la producción (y como consecuencia, de la plantilla) durante la Primera Guerra Mundial, a partir de los años 20 se empezaron a incorporar más servicios. Pero la gran reforma llegó en los años 40, cuando la colonia quedó muy dañada debido a un tremendo aguacero y hubo que reconstruir muchos edificios: la reforma se aprovechó para construir una iglesia y servicios de ocio como pistas deportivas, cafeterías y un cine. Puesto que en la colonia se instalaban familias enteras, también hubo que proveer a la comunidad de una escuela en los terrenos de la iglesia, así como residencias específicas para las trabajadoras solteras -bajo la tutela de una comunidad de monjas-, puesto que una buena parte de la mano de obra era femenina y el

crecimiento de la fábrica atraía a mucha gente joven del ámbito rural.

Las actividades colectivas suponían una parte tan esencial de la colonia como el trabajo, puesto que ayudaban a generar un sentimiento de comunidad entre personas que procedían de lugares diversos. El deporte era una de las actividades de ocio más importante, especialmente el hockey, del que llegó a tener equipo propio. También tenía sus propias festividades y fiesta mayor, y las nuevas instalaciones creadas en los años 40, como el cine, ayudaron a reforzar este sentimiento de comunidad. Muchos de los pueblos vecinos tenían pocos habitantes, incluso menos que la propia colonia, por lo que la Farga de Bebié era a todos los efectos una población más.



No obstante, no todos los trabajadores vivían en la colonia: algunos procedían de los pueblos vecinos, como Montesquiú, y se desplazaban a la colonia para su trabajo diario en un autobús propiedad de la empresa, que realizaban en un turno de mañana y otro de tarde. A pesar de la ampliación de la zona residencial y de los servicios, había quien prefería la vida de un pueblo “auténtico” frente al modelo de la colonia, donde además vivían los amos en un tipo de casa señorial llamada torre, cuya arquitectura se popularizó para las casas residenciales durante el auge del sector de la construcción. Si bien al principio los trabajadores procedían de los pueblos de Montesquiú y Les Llosses (en cuya frontera se encontraban los terrenos de la colonia), a medida que la producción crecía empezaron a llegar cada vez de más lejos: primero de las comarcas vecinas, luego de las tierras del Ebro y finalmente, durante el boom industrial de los años 60, de otras regiones como Galicia y Murcia. Tanto llegó a crecer que se propuso incluso la creación de un municipio propio, algo que finalmente no se materializó. A partir de la fuerte crisis de los años 90 los habitantes empezaron a abandonar las viviendas, convirtiendo en un pueblo fantasma la que había sido una de las colonias más prósperas de Cataluña.

